

“Memorias en un poema nahua”

Aylen Pérez Hernández, Doctorado en Literatura Latinoamericana
Universidad de Concepción
Email: aylenperez@gmail.com

Palabras claves: poesía náhuatl, cuícatl, flor, dualismo, corazón endiosado, inmortalidad

En esteras y bajo la sombra de frondosos ahuehuetes, según cuentan los cronistas, reflexionaban aquellos maestros nahuas en busca de la tan incierta y perseguida verdad. Se dice que era 1490 cuando los sabios, en su aspiración de hallar fundamento a la existencia del hombre en la Tierra, llegaron a la casa del señor Tecayehuatzin, príncipe de Huexotzinco. Los criados distribuían tabaco y jícaras de espumoso chocolate. Se dice, también, que eran 17 los poetas; y que más tarde serían considerados como auténticos filósofos.

Tlamatinime, así se les llamaba a quienes pretendían descubrir el camino hasta Ometéotl, Dios de la dualidad, creador del universo en la mitología náhuatl, “Dador de la Vida”. Eran ellos los “forjadores de canto”, “los que sabían algo”, los que “elucubraron y se expresaron por los caminos de la palabra, a partir de su visión de un mundo de realidades opuestas pero complementarias aceptando una dualidad trascendente, un universo cambiante, amenazado de muerte” (Portilla, 1983: 19).

Sus “cantos”, o poemas, denotaban claramente la existencia de un pensamiento filosófico a través del cual se planteaban preguntas y, en ocasiones, esbozaban respuestas a las mismas. Los temas de dichos diálogos giraban en torno a la existencia de la verdad, la naturaleza del cosmos, el lugar del hombre en él, así como la fugacidad de la vida en la Tierra y el retorno a través de la poesía.

Apunta el filósofo e historiador mexicano, Miguel León Portilla (2017: 23), que, entre los nahuas, semejante a los griegos, fueron los poetas líricos quienes comenzaron a tomar conciencia de los grandes problemas que rodeaban la comprensión del mundo y del hombre. Asimismo, estos “descubridores de problemas” encontraron el camino del saber filosófico.

Las creaciones literarias que surgieron de aquel encuentro, conocido como Diálogos de flor y canto, no solo transmitían la ideología del pueblo que tenía por metrópoli a la gran ciudad de México-Tenochtitlan, sino también sus más profundos sentimientos y pesares con respecto a la existencia del hombre y su efímera vida sobre la Tierra. ¿Dónde quedaron plasmados entonces estos problemas y supuestos caminos concebidos por los nahuas a través de sus propias reflexiones filosóficas?

“Al ocurrir la Conquista, sacerdotes, sabios y los *pipiltin*¹ sobrevivientes hicieron posible que muchos de los textos que ellos conocían se transcribieran en la misma lengua náhuatl, valiéndose ya del alfabeto latino. En algunos casos tal tarea fue realizada por los mismos indígenas que recordaban esos textos”

¹ “Tienen un destino diferente. Conocen ellos algo más acerca de su propio origen. Estos son los que tienen un *linaje*, *píllotl*, y se nombran *pipiltin*, *los de linaje* (...) Atributo de los que tienen linaje es ser dueños de la sabiduría calendárica y de otras formas de conocimiento, clave para escudriñar los destinos, gobernar al pueblo y regir todo lo que concierne a las cosas divinas y humanas. De entre *los de linaje*, los *pipiltin*, proceden los sacerdotes mexicas, los que saben acerca de los dioses y dirigen los ritos y todas las ceremonias en las fiestas. También son *pipiltin* los supremos gobernantes, los más altos jueces, los capitanes, los maestros, los sabios, los forjadores de cantos...” (Portilla, 1983: 17-18).

(Garibay, 1953). También la obra llevada a cabo por fray Andrés de Olmos y fray Bernardino de Sahagún para rescatar y transcribir aquellas creaciones, permitió que hoy se contara con varias muestras de los diferentes géneros literarios practicados por los nahuas.

Teniendo en cuenta que la comprensión de estos poemas pudiera resultar un tanto imprecisa, el presente ensayo intentará una modesta aproximación al significado literal y simbólico de uno de los cantos que formaron parte de aquel encuentro en la casa del señor Tecayehuatzin. Se trata de Las flores y los cantos, del chichimeca Ayocuan Cuetzpaltzin, conocido como el sabio “águila blanca” de Tacamachalco y uno de los poetas más importantes de la poesía náhuatl (segunda mitad del siglo XV-inicios del XVI).

Del interior del cielo vienen
las bellas flores, los bellos cantos.
Los afea nuestro anhelo,
nuestra inventiva los echa a perder,
a no ser los del príncipe chichimeca
Tecayehuatzin.
¡Con los de él, alegraos!
La amistad es lluvia de flores preciosas.
Blancas vedijas de plumas de garza,
se entrelazan con preciosas flores rojas:
en las ramas de los árboles,
bajo ellas andan y liban
los señores y los nobles.
Vuestro hermoso canto:
un dorado pájaro cascabel,
lo eleváis muy hermoso.
Estáis en un cercado de flores.
Sobre las ramas floridas cantáis.
¿Eres tú acaso,
un ave preciosa del Dador de la vida?
¿Acaso tú al dios has hablado?
Tan pronto como visteis la aurora,
os habéis puesto a cantar.
Esfuércese, quiera mi corazón,
las flores del escudo,
las flores del Dador de la vida.

¿Qué podrá hacer mi corazón?
En vano hemos llegado,
en vano hemos brotado en la tierra.
¿Sólo así he de irme
como las flores que perecieron?
¿Nada quedará en mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!
¿Qué podrá hacer mi corazón?
En vano hemos llegado,
en vano hemos brotado en la tierra.
Gocemos, oh amigos,
haya abrazos aquí.
Ahora andamos sobre la tierra florida.
Nadie hará terminar aquí
las flores y los cantos,
ellos perduran en la casa del Dador de la vida.
Aquí en la tierra es la región del momento fugaz.
¿También es así en el lugar
donde de algún modo se vive?
¿Allá se alegra uno?
¿Hay allá amistad?
¿O sólo aquí en la tierra
hemos venido a conocer nuestros rostros?

Los *cuícatl* y los *tlahtolli* constituyen los dos géneros literarios fundamentales que han podido distinguirse entre las composiciones náhuatl. Considerando que los primeros se refieren a cantos, himnos o poemas, y los segundos a palabras, discursos o prosa, se advierte que el poema en cuestión sería entonces un *cuícatl*. “En ellos afloran los recuerdos y el diálogo con el corazón. El ritmo y la medida, y a veces asimismo la entonación acompañada por la música, son sus atributos exteriores” (Portilla, s/f: 15).

Estas formas de expresión oral, según cuentan cronistas e investigadores, se enriquecían con y el acompañamiento de diversos instrumentos como flautas (*tlapitzalli*), caracoles (*tecciztli*), sonajas (*chichahuatzli*), conchas de tortugas (*ayotapálcalt*), campanillas (*tzitzilli*) y cascabeles (*coyolli*).

Rasgos sobresalientes en los *cuícatl*, a decir del sacerdote católico, filólogo e historiador mexicano Ángel María Garibay (1953), lo constituyen la “distribución de su texto en varios determinados conjuntos de palabras, a veces verdaderos párrafos”; además, la “existencia de varias formas de ritmo y metro”, así

como diversas “formas de estructuración interna de las unidades de expresión y externa respecto de otras unidades integrantes del mismo *cuícatl*”.

Las reiteraciones, paralelismos y difrasismos representan también elementos estilísticos recurrentes en las creaciones líricas nahuas de los *cuícatl*. Las primeras se evidencian en estructuras que repiten variantes de un mismo tema.

“La reiteración de las variantes existe no sólo entre frases contiguas sino también entre las diversas unidades de expresión. De hecho, es frecuente encontrar no pocas composiciones distribuidas en cuatro pares de unidades que expresan conceptos y metáforas afines” (Portilla, s/f: 18).

Por otra parte, los paralelismos se pueden hallar, según varias fuentes consultadas, a través de complementos, contrastes, disminución o referencia a una tercera realidad. Y los difrasismos, propios de la estilística lírica nahua, se refiere a la “yuxtaposición de dos palabras que se complementan en el sentido, bien sea por ser sinónimas, o por evocar una tercera idea, generalmente una metáfora” (Portilla, 1978: 118).

Aunque con evidente predominancia de la primera, Las flores y los cantos, *cuícatl* que se analizará posteriormente, mezcla esencialmente dos de las formas propias de este tipo de composición lírica: el *xochicuícatl*, cantos de flores y poesía filosófica y reflexiva que solía contener una verdad universal profunda; y el *icnocuícatl*, cantos de tristeza y poemas de honda reflexión que expresaban privación, angustia y orfandad.

Estos elementos del lenguaje dan vida a las creencias mítico-religiosas propias de la cultura *náhuatl* reflejadas en sus cantos. Su cosmovisión, regida por los mitos, alcanza ser el centro principal alrededor del cual gira y se desarrolla la vida del hombre. Asimismo, la creación poética se verá condicionada por esta visión mítico-religiosa. “El mito alcanza su valor en el reino de las imágenes y su certeza, vale decir, su verdad, se gobierna por un conjunto de acontecimientos necesariamente humanos” (Zárate, s/f: 249).

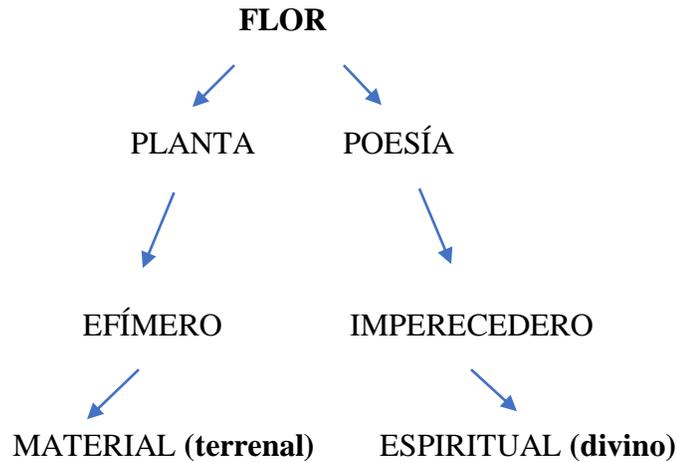
Vida, sacrificio, muerte y retorno, son hechos presentes en el quehacer cotidiano de los nahuas. El hombre siente una preocupación y angustia constantes por la fugacidad de la vida y el destino de sí mismo. Se niega a dejar de ser, se niega al olvido. “Busca trascender de alguna manera y vuelve a recurrir a su poder creador para crear algo más allá de la muerte. De esta manera, su trascendencia está asegurada” (Moctezuma: 1998: 39). Los “cantos” y las “flores” se convierten, entonces, en el camino idóneo hacia la eternidad anhelada.

El poema en cuestión, Las flores y los cantos, de Ayocuan Cuetzpaltzin, manifiesta claramente este ciclo existencial sostenido, casi en su totalidad, por el deseo perenne del hombre a la “inmortalidad”. Con el propósito de profundizar en esta idea, central en el canto mencionado, se propondrá a continuación una posible lectura e interpretación del mismo atendiendo a la cosmovisión de la cultura nahua y haciendo uso de diversos referentes bibliográficos.

Desde el propio título del poema (Las flores y los cantos; *inxóchitl, in cuícatl*) se advierte uno de los rasgos de los *cuícatl* mencionados anteriormente: el difrasismo. Esta vez “flores” y “cantos” hace referencia a la poesía y alude, metafóricamente, a la convergencia entre lo precedido de la existencia del

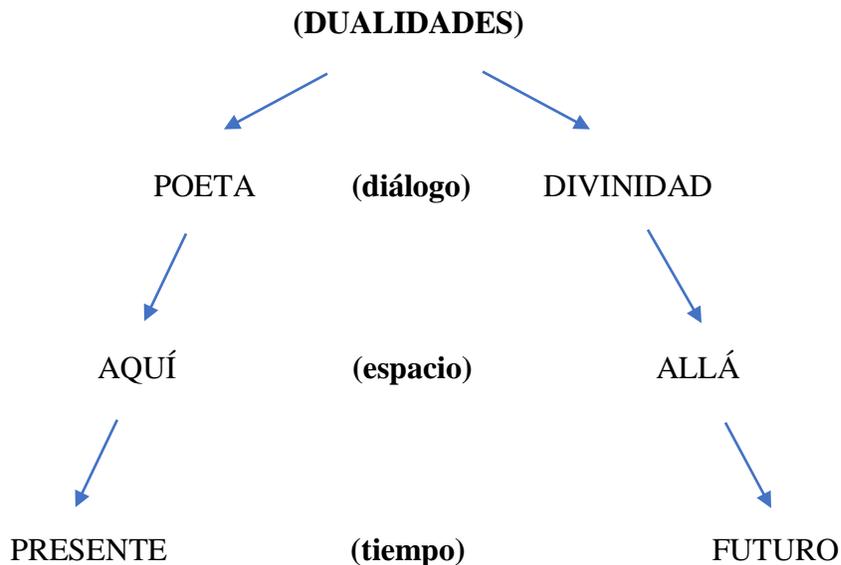
hombre en la Tierra y la posibilidad de transgredir esa fugacidad mediante la palabra. La poesía (flores y cantos) se convierte entonces, para quienes ansían ser recordados, en la vía a través de la cual podrían perdurar en la Tierra.

El sustantivo “flores”, en todas sus variantes interpretativas, constituye el principal portador de significación en el poema. Se alude a él evocando un significado literal, en ocasiones, y también uno simbólico en otras. Es el elemento clave en el que confluye lo material y lo espiritual, lo efímero y lo imperecedero. Representa lo que muere en la Tierra, pero también lo que perdura en el más allá.



Esta dualidad evidente en el uso del vocablo “flores”, va a ser intrínsecamente recurrente a lo largo de todo el poema. Los nahuas, de manera general, concebían el mundo, social e individualmente, inmerso en una realidad dual. “La base de su pensamiento, profundo y estructurante, era el dualismo que concebían en todo lo existente como compuesto por dos sustancias opuestas, las que se manifestaban en múltiples oposiciones binarias que formaban dos campos” (Moctezuma, 2002: 31).

Existen entonces en el poema en cuestión, dos realidades paralelas que manifiestan dicha dualidad. Se desarrolla un diálogo entre el hombre mortal, y la divinidad inmortal; se manifiesta una constante preocupación en el presente angustioso, por el futuro incierto del ser humano y se habla desde el aquí terrenal, cuestionando el allá celestial...



Y continúa el poema...

Del interior del cielo vienen / las bellas flores, los bellos cantos / Los afea nuestro anhelo / nuestra inventiva los echa a perder / a no ser los del príncipe chichimeca Tecayehuatzin / ¡Con los de él, alegraos!

En esta estrofa se alude, en primera instancia, al origen de la poesía (el más allá), que es, precisamente, lo que define el carácter divino de un *cuícatl*. Las “flores” y los “cantos” vienen a ser inspiración que surge de un corazón “endiosado” y que fue puesta allí por los dioses (más adelante se profundizará en la idea de los corazones “endiosados” como forma de sacrificio). Este origen divino de la poesía es lo que motiva al hombre en su búsqueda de lo verdadero encima de la Tierra. Si proviene de los dioses dicho saber, pues este podría representar, quizás, lo único verdadero en la Tierra.

El canto Solamente él, de Nezahualcóyotl, es otro ejemplo donde se manifiesta el origen de los cantos, así como el deseo de ser merecedores de los mismos al provenir de la divinidad: *Solamente él / el Dador de la Vida / Vana sabiduría tenía yo / (...) ¡Dador de la Vida! / olorosas flores, flores preciosas / con ansia yo las deseaba / vana sabiduría tenía yo.*

En un segundo momento se hace referencia a la posible contaminación del mensaje divino, transmitido a través de las “flores” y los “cantos”, una vez en manos del hombre; ya sea por traducción o interpretación errada del mismo. Exceptuando, esta vez, el caso del príncipe chichimeca Tecayehuatzin, considerado como un *tlamatinime* y organizador de los ya mencionados “diálogos” donde se llega a la conclusión que “flor” y “canto” eran, tal vez, lo único verdadero en la Tierra.

Los nahuas concedían a los amigos una relevancia primordial. De ahí las reiteradas comparaciones entre amistad y poesía, entre amistad y primavera. La belleza de la amistad solo podría ser asimilada con la belleza y profundidad de las “flores” y los “cantos” que eran motivo de uniones y encuentros de amigos. Un verso que lo resume así es el que sigue al poema: *la amistad es lluvia de flores preciosas.*

La siguiente estrofa podría ser una alusión a la propia creación poética bajo la cual se hallan *señores* y *nobles*, quienes se decía que eran los tocados por la divinidad y dotados de la inspiración de los dioses: *Blancas vedijas de plumas de garza / se entrelazan con preciosas flores rojas: / en las ramas de los árboles / bajo ellas andan y liban / los señores y los nobles.* Igualmente se recurre a elementos de la naturaleza y a ciertos colores, como el rojo, para transmitir la idea de la primavera, del dinamismo y movimiento en el lugar de la creación poética, así como de la sabiduría.

Vuestro hermoso canto: (poesía, creación literaria en sí), *un dorado pájaro cascabel, / lo eleváis muy hermoso.* El pájaro cascabel (*coyoltototl*) es un elemento bastante recurrente en varios de los poemas nahuas, ya sea por su significado literal o simbólico. En el primer caso, se refiere al ave de canto intermitente y muy sonoro, a un ave que canta muy bien, como un cascabel. En el segundo caso, en su sentido figurado, el pájaro cascabel es la personificación del poeta que emite sus cantos, sus poemas.

En Diálogos de flor y canto, Tecayehuatzin también utiliza esta metáfora: *Le responde el pájaro cascabel / Anda cantando, ofrece flores. Nuestra flor ofrece / Allí escucho sus voces / en verdad al*

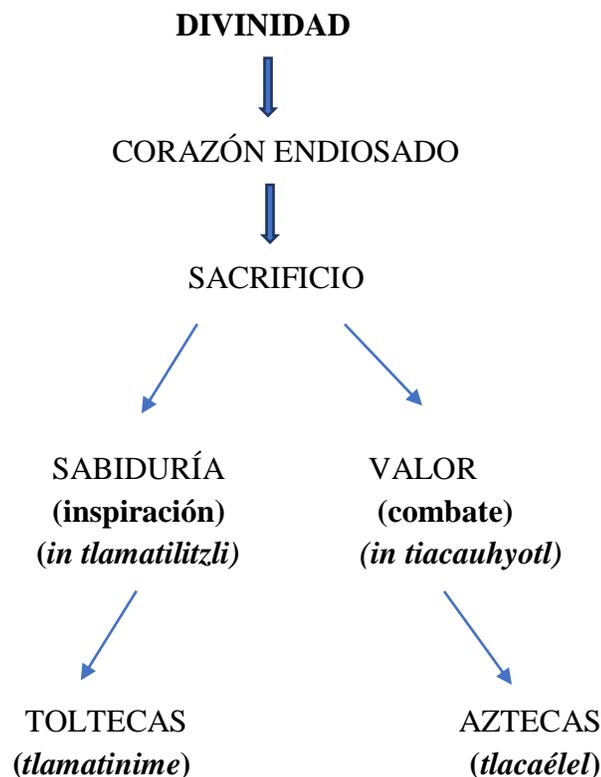
Dador de la vida responde / responde el pájaro cascabel / anda cantando, ofrece flores / Nuestras flores ofrece.

Y continúa el poema en cuestión cuando el autor se dirige a estos “pájaros cascabeles” y recurre una vez más a elementos de la naturaleza para hacer referencia al sitio del placer y la sabiduría, a la primavera como la casa de los poetas: *Estáis en un cercado de flores / Sobre las ramas floridas cantáis.*

A partir de los siguientes versos se comienza a denotar, ya de modo más directo, la interacción que se establece entre el poeta y el Dios Ometéotl, “Dador de la Vida”. Ayocuan Cuetzpaltzin se pregunta si acaso el poeta es una creación de este Dios, quien ha inspirado y sembrado en su corazón el arte de la poesía: *¿Eres tú acaso, un ave preciosa del Dador de la vida?* Y se cuestiona, además, la certeza de una comunicación entre el hombre y la divinidad, por lo que se podría inferir que el autor del canto no demanda ni da por sentado un incuestionable vínculo entre las fuerzas de la naturaleza y los hombres: *¿Acaso tú al dios has hablado?*

En el siguiente momento del canto, dirigiéndose al resto de los poetas que lo acompañan en aquel diálogo, el autor declama: *Tan pronto como visteis la aurora / os habéis puesto a cantar.* El momento elegido para emitir sus cantos es durante la aurora, es decir, el nacimiento del sol. Es esta una manera de rendir tributo y sacrificio al Dios Ometéotl. Era la poesía una respuesta a la divinidad y una de las vías para acercarse a ella a través del “endiosamiento” del corazón mediante la sabiduría, tradición cultural propia de los toltecas, aunque este no era el único modo de concebir el sacrificio.

Para los toltecas, se trataba de “superar la condición humana corporal, encauzar la energía vital de los seres humanos a la purificación espiritual de los corazones y ofrendar este proceso de perfeccionamiento expresado en poesía y canto a la divinidad” (Oelker, 2009: 77-78).



Ahora bien, el poeta debía ser una persona poseída por la divinidad y tener un corazón “endiosado” (*volteotl*) que servía como eslabón conector entre los hombres y el universo del más allá. Para los nahuas, el tener un corazón “endiosado” y “decir palabras divinas” o “dialogar con su propio corazón”, era un deber sagrado y algo fundamental para la relación entre lo terrenal y lo divino.

Este corazón “endiosado”, sin embargo, no solo era anhelado por los hombres para ofrecer poesía (sacrificio) a los dioses: *Esfuércese, quiera mi corazón / las flores del escudo / las flores del Dador de la Vida*. El poder ser merecedor de tal inspiración, era la manera que tenían ellos, quizás la única, para burlar de algún modo a la muerte y al olvido. Era la forma en la que podían trascender, ser recordados, quedar en la memoria.

Se podría decir, incluso, que, en Las flores y los cantos, prevalece esta intencionalidad del poeta de adquirir y ser merecedor de un corazón “endiosado” para así obtener la inmortalidad y ser recordado en el futuro; más que por el propio hecho del corazón “endiosado” como sacrificio a la divinidad. La mayor preocupación del poeta en este caso, al igual que la de muchos cantores, era que su alma y esencia permanecieran en el tiempo, y sobre la Tierra, una vez llegada la inevitable muerte física.

El anhelo era “rebasar la condición corpórea y material a través de un proceso de superación espiritual – de un progresivo “endiosamiento” del corazón- en el que cada nuevo nivel alcanzado supone metafóricamente la muerte de la condición superada” (Oelker, 2009: 81).

En el siguiente fragmento del poema, el canto se complementa con la perspectiva de un *icnocuícatl*. Se expresa resignación por parte del poeta al ser consciente que no puede hacer nada para poseer un corazón “endiosado”: *¿Qué podrá hacer mi corazón?*, y que solo los dioses tienen el poder para dotarlos de la inspiración creativa.

“Los pensadores mexicas perciben la realidad en que viven y su propia condición en ella como frágil e inconsistente, signada por la transformación y el cambio. Impulsados por esta «honda experiencia de la fugacidad universal de las cosas»” (Oelker, 2009: 68). Por ello se preocupan constantemente ante la intrascendencia de lo terrenal, lo efímero de la vida y la existencia del hombre en la Tierra. No hallan razón de ser en el presente que viven y aceptan que todo sobre la Tierra es transitorio y se desvanece: *En vano hemos llegado / en vano hemos brotado en la tierra*.

Nezahualcóyotl reafirma también esta recurrente idea de los nahuas, en su canto Pensamiento, al expresar: *¡No para siempre aquí! / Un momento en la tierra / si es jade se hace astillas / si es de oro se destruye / si es plumaje de ketzalli se rasga / ¡No para siempre aquí! / Un momento en la tierra*.

Propio de los *Tlamatinime* era esbozar preguntas acerca de las huellas que deja el hombre en la Tierra, una vez que parta al más allá, por aquel temor a ser olvidado: *¿Sólo así he de irme / como las flores que perecieron? / ¿Nada quedará en mi nombre? / ¿Nada de mi fama aquí en la tierra?* Ayocuan Cuetzpaltzin se compara a sí mismo con las flores que tienen vida limitada y mueren (esta vez en el sentido más literal de “flores”), y se cuestiona si habrá de irse como estas flores que un día desaparecen sin más.

Esta misma inquietud e incertidumbre la poseían la mayoría de los cantores participantes en aquel Diálogo. Una vez más, es fiel ejemplo de tales pensamientos filosóficos el poeta Nezahualcóyotl al enunciar, en Un recuerdo que dejó, interrogantes similares como: *¿Con qué he de irme? / ¿Nada dejaré de mí sobre la tierra? / ¿Cómo ha de actuar mi corazón? / ¿Acaso en vano venimos a vivir / a brotar sobre la tierra?*

Es evidente la preocupación de los poetas, no solo por su corta vida en la Tierra, sino también por el recuerdo y la memoria que quedará de ellos una vez se borren físicamente. Se muestra en Las flores y los cantos un profundo deseo del autor por trascender a la muerte, si no en cuerpo y alma, sí en nombre y fama. Estas preguntas pudiesen parecer, incluso, retóricas, ya que el mismo poeta se responde luego: *¡Al menos flores, al menos cantos!*

Este verso pudiese ser el eje central del poema, pues el cantor comprende, finalmente, la connotación y el sentido de “las flores” y “los cantos”. Se admite que es la poesía el consuelo del poeta ante la fugacidad de la vida, la inevitabilidad de la muerte, y el olvido del hombre en la Tierra. Como mismo en algunas ocasiones resalta Ayocuan Cuetzpaltzin “la condición temporal de la existencia humana (...), por otra parte, evidencia su convicción del carácter atemporal de la creación poética” (Oelker, 2009: 67-68). Ejemplo claro de ello lo constituye la expresión *¡Al menos flores, al menos cantos!*

Igual lo expresó en su momento el ya citado Nezahualcóyotl quien, en Lo comprende mi corazón, enuncia sereno e inequívoco, “la fe del cantor en la palabra” (Hachim, 2001: 5): *Por fin lo comprende mi corazón: / escucho un canto, / contemplo una flor: / ¡Ojalá no se marchiten!*

Esta actitud de confort espiritual es la muestra que, para los nahuas, el hombre podía quedar en la memoria, permanecer, perpetuarse, a través de la poesía. Es una reafirmación del poder de la palabra, las ideas, la sabiduría y la “verdad”, por encima de lo terrenal y lo material. El hombre muere, pero revive a la vez en sus “cantos”. Son las “flores” el vehículo para alcanzar la inmortalidad y sobrevivir al tiempo limitado encima de la Tierra.

En este sencillo, pero profundo verso, se revela la esperanza de que la obra espiritual del cantor y su creación artística perduren y lo salven del total olvido cuando sean destruidos sus bienes materiales y su cuerpo. “La poesía, según los nahuas, podía contener esa semilla de eternidad y fue por eso por lo que la consideraban como «tal vez lo único verdadero en la Tierra»” (Leander, 1991). Aceptan entonces, de esta manera, que no hay nada eterno en el mundo terrenal, salvo el retorno cíclico en el que creen a través de sacrificios, corazones “endiosados” y “cantos”.



La reiteración, uno de los rasgos presentes en este tipo de poesía lírica del cual se comentó anteriormente, se hace presente en la repetición de la estrofa que sigue en el poema donde, una vez más, se alude a la idea sobre la fugacidad de lo terrenal y la intrascendencia del hombre en la Tierra: *¿Qué podrá hacer mi corazón? / En vano hemos llegado / en vano hemos brotado en la tierra.*

También se evoca nuevamente, casi al final del canto, a la amistad y los amigos como eslabón fundamental en la existencia del hombre en la Tierra. Esta vez se lanza una exhortación, por parte del poeta, que involucra a los receptores y los hace partícipes del encuentro: *Gocemos, oh amigos / haya abrazos aquí.*

Se aprecia en esta ocasión, de forma más clara, una de las funciones de estos cantos concebidos, no solo como saber y sacrificio, sino además como modo de compartir. De igual forma, el cantor expresa un deseo hacia la búsqueda del placer en la Tierra y la superación del dolor (principio hedonístico de los cantos, según apunta Garibay).

Otra de las ideas referidas por Ayocuan Cuetzpaltzin en Las flores y los cantos, se evidencia en los versos siguientes: *Ahora andamos sobre la tierra florida / Nadie hará terminar aquí / las flores y los cantos / ellos perduran en la casa del Dador de la vida/ Aquí en la tierra es la región del momento fugaz.* Haciendo uso de la reiteración de significados, al autor retoma la idea central del poema respecto al retorno del hombre a través de las “flores” y los “cantos”, más allá de su efímera existencia sobre la Tierra.

Por último, el poeta esboza nuevas interrogantes de tipo filosóficas y metafísicas que manifiestan su inquietud e incertidumbre por el destino del hombre y la existencia del más allá.

El desconocimiento casi total sobre ese espacio al que están destinados los hombres, lo hace replantearse la comprensión del universo divino que rige su vida en la Tierra: *¿También es así en el lugar / donde de algún modo se vive? / ¿Allá se alegra uno? / ¿Hay allá amistad? / ¿O sólo aquí en la tierra / hemos venido a conocer nuestros rostros?* Sin certeras respuestas a tales cuestionamientos, no le queda, pues, más que creer plenamente en un mundo celestial que escapa de las manos de los mortales.

A algunos investigadores les ha parecido demasiado apresurado hablar de una filosofía indígena cuando de creaciones poéticas nahuas se trata. Sin embargo, es innegable que las cuestiones que se planteaban estos hombres, y su literatura en general, rozaban con bastante exactitud tal ciencia. Las inquietudes espirituales que evidentemente poseían, y que reflejaban en sus “cantos”, con relación a la existencia humana y la vida en el más allá, constituyen una muestra de ello.

Por otra parte, tales creaciones líricas no solamente demuestran las aptitudes técnicas y estéticas de aquellos poetas y su poder reflexivo, sino que también representan parte de las memorias de estas culturas prehispánicas y una de las maneras de conocer e interpretar sus tan arraigadas e intensas creencias mítico-religiosas.

Se evidencia, además, a través de la literatura prehispánica, que la palabra (en su sentido más amplio), no limitaba, entorpecía o desafiaba la realidad en la que vivían los nahuas, sino que más bien servía para profundizar, enriquecer y solidificar aquellas costumbres que regían su existencia.

Por último, en un sentido más específico, se hace evidente que una de las inquietudes fundamentales que encauzaba la vida de los hombres nahuas, era la preocupación por su destino. Con temor a ser olvidados, y sin mucho que poder hacer, se consuelan creyendo indudablemente en una verdad que se hará universal: “flores” y “cantos” es lo único que puede escapar a la inevitable destrucción final sobre la Tierra.

Bibliografía

- 1- Garibay, Ángel María: Historia de la Literatura Náhuatl, 1953. Editorial Porrúa, S.A. México
- 2- Hachim, Luis: Diálogo de la poesía: flor y canto, 2001. Diploma en Estudios Culturales sobre América Latina, Universidad de Chile. En: <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&ved=0ahUKEwjSIZDM64TVAhVHQZAKHQ8EDeEQFggmMAA&url=https%3A%2F%2Fjorgecaceresr.files.wordpress.com%2F2010%2F04%2Festudio-sobre-el-dialogo-de-flor-y-canto-l-hachim.doc&usq=AFQjCNFV8FI2GpNIInd-bgV3989AQdMqvg&cad=rja>
- 3- Leander, Birgitta: Flor y Canto. La poesía de los aztecas, 1991. Colección Presencias, Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Instituto Nacional Indigenista. México. En: <https://www.scribd.com/doc/96740650/Birgitta-Leander-In-Xochitl-in-Cuicatl-Flor-y-Canto>
- 4- León-Portilla, Miguel: Cantos y crónicas del México Antiguo, s/f. En: http://enp4.unam.mx/amc/libro_munioz_cota/libro/cap1/lec10_cantosycronicasdelmexicoantiguo.pdf
- 5- León-Portilla, Miguel: Cuicatl y tlahtolli. Las formas de expresión en náhuatl, 1983. En: <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn16/245.pdf>
- 6- León-Portilla, Miguel: La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes, 2017. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 11a edición. En: <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>
- 7- León-Portilla, Miguel: Literatura del México Antiguo. Los textos en lengua náhuatl, 1978. Caracas, Ayacucho.
- 8- Matos Moctezuma, Eduardo; Solís Olguín, Felipe: Aztecas, 2002. Turner Publicaciones, Londres.
- 9- Matos Moctezuma, Eduardo: Vida y muerte en el Templo Mayor, 1998. Asociación de amigos del Templo Mayor/Fondo de Cultura Económica, México.
- 10- Oelker, Dieter: Aproximación a la poesía de Netzahualcóyotl, 2009. Humanitas. Anuario del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nueva León, año 36, vol. III, México.
- 11- Zárata, Armando: El lenguaje de las flores en el Diálogo de Huexotzinco, s/f. En: <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn03/036.pdf>